

MICHEL WIEVIORKA, *La primavera de la política. Ideas para acabar con el declive de la democracia tradicional*, Vanguardia, Barcelona, 2007. 117 páginas.

Listen

I believe everything we dream,
can come to pass through our union,
Because we can turn the world around
We can turn the earth's revolution
Patty Smith, *People have the power*.

Cuando Patty Smith escribía en los setenta esta canción lo hacía pensando en un sujeto colectivo capaz de cambiar la historia, de *hacer* historia. Si el libro de Wieviorka nos evoca esta célebre letra es, tal vez, porque volvemos a encontrarnos con el rescate del paradigma de la acción política colectiva pero, eso sí, cambiando un elemento fundamental. El sujeto del que hablamos ya no es obrero e internacionalista (al estilo de los grandes relatos de izquierda de principios del siglo veinte que inspiraron a Smith) sino que es europeo.

En efecto, Europa es finalmente la protagonista de este ensayo porque en ella descansa hoy el reto de cambiar la historia, de *hacer* historia. Al menos la historia de las formas políticas. “Europa es esta parte del mundo donde, mucho más que en cualquier otra, es posible pensar en [dar] respuesta económica y social a las inquietudes que suscita la mundialización...a los grandes dramas históricos del mundo contemporáneo...a los desafíos que plantea la falta de derechos humanos en todo el planeta” (p. 112). Este extracto pertenece al último párrafo del libro y, como podemos comprobar, no defrauda ni un milímetro las expectativas de optimismo que provoca el título. Este libro fue ideado a partir de una reunión que convoca Wieviorka a la que acuden una docena de intelectuales

venidos de Europa, Latinoamérica y Oriente Próximo para debatir en torno a una cuestión bastante compleja: el declive de las formas políticas tradicionales. ¿Por qué, entonces, una conclusión tan optimista a un tema tan peliagudo? Empecemos por el principio.

El planteamiento o la justificación de por qué habría que hablar de una crisis o un déficit de lo político reside en la degradación de la relación entre representante y representado desde un punto de vista subjetivo, y en la inadaptación de los sistemas políticos a los desafíos del mundo contemporáneo desde un punto de vista estructural. En el plano de la subjetividad se llega a hablar de “malestar de la representación” (p. 21). El nivel educativo y crítico de la población habría ido aumentando con el paso del tiempo y con él la idea de desconfianza hacia una clase política que únicamente mira por sus propios intereses y hacia la cual existe un sentimiento de desencanto importante. En el plano estructural nos encontramos con la hipótesis de la inutilidad del sistema político para enfrentarse y dar respuesta a las cuestiones sociales actuales (empleo, calidad de vida, desigualdades, inmigración...).

Y para seguir profundizando en el origen de esta crisis, Wieviorka abre una brecha entre lógicas de dentro y lógicas de

fuera, en un marco de análisis que guarda cierta semejanza al de autores como David Easton y su teoría de los *inputs* y los *outputs*¹ y que, en la medida que crea artificialmente un *dentro* y un *fuera* del sistema, merecería las mismas críticas que éste último recibió. Wieviorka lo sabe y por eso se adelanta: “en la práctica dentro y fuera interfieren constantemente y se alimentan mutuamente, pero no es absurdo distinguirlos en el análisis” (p. 29); y con ello da por zanjada la cuestión.

Para el autor esas lógicas de dentro a las que dedica el segundo capítulo de su libro estarían constituidas por tres elementos esenciales que se sobrentienden dentro del marco del Estado-nación: la sociedad, las instituciones y la cultura. El primer paso que da en esta dirección es asimilar el déficit político actual a un supuesto déficit social que vendría dado por la desaparición de vínculos sociales tradicionales y la “falta de derechos sociales e injusticias que padecen los medios populares” (p. 29). Todo ello nos remitiría a una “descomposición de la vida social” (p. 29) en cuanto a cantidad y calidad de su tejido. Además, los partidos políticos se habrían convertido en un instrumento incapaz de cumplir la premisa básica con la que surgieron en el siglo diecinueve —“los partidos políticos deben ser representativos” (p. 34)— porque, hoy por hoy, el principal supuesto del que partía dicha premisa es falso: “que las agrupaciones sociales deben ser representables” (p. 34). La maquinaria política permanece con un diseño destinado a representar unas escisiones que son inexistentes, o que se ven

desbordadas por la riqueza y complejidad de realidad política actual.

En el plano institucional Wieviorka apunta que “las formas tradicionales de la democracia representativa y sus prolongaciones institucionales están en declive” (p. 35) al basarse en antiguas divisiones sociales y económicas que también están caducas. Y en el plano cultural salen a relucir complicados temas relacionados con las identidades (sobre todo religiosas) y la exigencia de reconocimiento de las mismas, algo que tendría que ver con el agotamiento de los grandes relatos o *metarrelatos*, la fragmentación de los sujetos postmodernos y el aumento del individualismo.

En cuanto a las lógicas de afuera, Wieviorka apunta a dos planos en su análisis: el mundial y el europeo. Con respecto al primero resulta inevitable hablar de la hegemonía de Estados Unidos en política internacional. Si bien, es importante aclarar que cuando el autor usa el término “hegemonía” lo está haciendo a la manera de Antonio Gramsci, con lo cual esta situación no anula por completo el papel del resto de Estados. No obstante, el autor prefiere aclarar para evitar posibles equívocos que el multilateralismo “no es ninguna panacea”, ni es conveniente hacer de él “una especie de religión”, pues “muy bien pudiera establecerse un equilibrio multipolar entre déspotas de cualquier calaña” (p. 56). Finalmente, Wieviorka se apunta al fenómeno de la globalización para advertir que lo global no sustituye en ningún caso a lo nacional sino que “crea nuevas interacciones” (p. 62). Para el autor el nivel estatal no ha dejado de tener fuerza

¹ David EASTON, “An approach to the analysis of political systems”: *World Politics*, vol. IX (April 1957), pp. 383-400.

para la acción política y en su análisis este marco sale bastante reforzado de las embestidas que pudiera haberle ocasionado la mundialización. De hecho con respecto al segundo plano de análisis, Europa, se asegura que no es ésta una formación que anule o deslegitime los partidos nacionales, si bien puede contribuir a “proteger al ciudadano contra su propio Estado” (p. 70). La capacidad de gobierno de los países de la Unión Europea en materias de telecomunicaciones, moneda o justicia sería un mal menor suscitado por “el progreso de los derechos humanos a escala mundial” (p. 70).

El cuarto capítulo es el que finalmente da sentido a todas las reflexiones anteriores y concreta el tema del déficit de lo político, enmarcándolo en un espacio mucho más reducido: la crisis se sitúa en Europa, y dentro de ella sólo afecta a los partidos de izquierda. El viejo continente conoció tras la Segunda Guerra Mundial “fantásticas mejoras en sus condiciones de vida gracias a reformas y políticas frecuentemente inspiradas en la socialdemocracia” (p. 80), lo que sirvió para apuntalar los Estados de Bienestar en buena parte del continente. Pero este modelo ha tocado a su fin ideológica y políticamente. Éste hoy no representa divisiones sociales reales, la mayoría de derechos civiles que preconiza están conseguidos, está construido contra el mercado y basado en la centralización de monopolios naturales. Es una maquinaria que no se adapta a la nueva realidad social y que no encaja dentro de un sistema globalizado. Sin embargo, ante este hecho, los partidos de izquierda han

radicalizado su postura “pasadista”² (p. 75) y se han aferrado a unos valores y conceptos propios que tuvieron su auge a mitad del siglo veinte y que hoy se encuentran en extinción. Esto produciría un desencanto de sus bases y una frustración que gira en torno a la imposibilidad de reconocimiento de sus expectativas. Aquí reside realmente la crisis de representación de la que se hablaba al principio de la obra.

Sin embargo, la buena noticia es que la decadencia de modelos o fórmulas políticas (especialmente la socialdemócrata) no implica el agotamiento de lo político. Si la izquierda está en crisis en Europa es precisamente por una falta de imaginación y de nuevas ideas que requieren una importante carga utópica y, a la vez, un fuerte componente práctico para poder ser llevadas a cabo.

Al final de este planteamiento lo que obtenemos es, pues, la idea de que la palabra “crisis” ha ido dejando paso a la de “cambio”. Tal y como escribe el autor no es muy recomendable que “nos encerremos únicamente en la imagen del déficit...la crisis de la representación se inscribe ella misma en una mutación” (p. 50). Eso es lo que posibilita la existencia de un último capítulo lleno de optimismo — como ya anunciábamos al principio— dedicado al “reencanto de la política” (p. 91). Y es que la idea de crisis en Wiewior-ka no se pliega sobre sí misma, sino que abre puertas y apunta soluciones en forma de retos (antiguos y nuevos) para ambos espacios analizados: el que se circunscribe dentro del Estado-nación y el supranacional. Se mencionan así: la extensión de

² Incluyo la aclaración del traductor del libro cuando usa este término: “Gusto excesivo por el pasado, que en francés se expresa con la palabra de matiz peyorativo *passéisme*”.

derechos sociales y la riqueza de los debates que generan las políticas de reconocimiento en relación al fenómeno de la inmigración; el mantenimiento de instituciones que juegan un importante papel político al margen de la decisión de las mayorías, y por tanto a salvo de excesos políticos (Bancos Centrales, Tribunales Constitucionales y determinadas comisiones independientes); el papel dinamizador que juegan los intelectuales en la vida pública; o la aparición de nuevos actores capaces de regenerar lo político o, al menos, inscribirlo en una nueva visión global (ONG's y el movimiento altermundista).

No obstante, se reconoce que en última instancia todos estos proyectos siempre terminan circunscribiéndose a un terreno más local que mundial. Lo cual no hace sino refutar la idea que ya se planteaba anteriormente: la mundialización no acabará con los Estados sino que supondrá nuevas interacciones. Y es en este marco, es decir, siendo plenamente consciente de la importancia de las estructuras nacionales, en el que Wieviorka propone como

solución a la crisis “el reforzamiento de espacios regionales en los que la vida política interpele a los actores de los sistemas nacionales” (p. 111), siendo Europa uno de esos espacios. Y así la conclusión con la que termina la obra está expresada en forma de paradoja: la crisis de lo político nace en Europa a partir del agotamiento de los Estados de Bienestar socialdemócratas y, sin embargo, es en Europa también dónde se constituye un “espacio privilegiado (para que) renazcan las ideas y formas de la democracia” (p. 112).

Quizá ahora se entienda mejor el optimismo del título y de las conclusiones de la obra con las que comenzaba esta reseña, pues esta actitud de Wieviorka (y de los demás compañeros que ayudaron a que esta obra pudiera ser concebida) no es hueca ni baladí sino que su razón de ser se sustenta en un hallazgo muy poderoso: Europa es hoy un espacio privilegiado para imaginar e inventar otras formas de lo político más útiles e ilusionantes para sus ciudadanos.

IRENE LÓPEZ NAVARRO